

barían por copiar el último "ismo" sin ninguna ventaja para su cultura artística y sin dar con ello una prueba segura de su sensibilidad; lo harían, solamente, por la facilidad con que hoy, como monos de imitación, puede copiar cierta pintura de vanguardia.

Habría que considerar también otro aspecto de estas manifestaciones: el del público. Entre el público pocos hay en grado de captar y valorar las verdaderas manifestaciones de tendencia o versatilidad en la obra de un niño. La mayoría la juzga con arreglo a lo que sabe o ve en las exposiciones de los adultos

y desgraciadamente, digo desgraciadamente para el arte actual, encuentra evidentes analogías entre el infantilismo del arte de ciertos adultos y la madurez del arte infantil.

Por lo tanto, insisto: mucho amor, mucha delicadeza, mucha inteligencia en la necesaria educación artística de los pequeños.

Y nada de exposiciones públicas.

CARLO GALLI.

estudios

La "censura" en Pedagogía

I

Cuando, al declinar de la segunda década de nuestro siglo, las obras de Freud comenzaron a traducirse a todos los idiomas y a lograr una popularidad que no suelen alcanzar las publicaciones de tipo científico, contribuyeron decisivamente a este fenómeno la sorpresa e interés producidos por la noción de "censura psicológica".

El fundador del psicoanálisis situó sus descubrimientos dentro del marco del evolucionismo radical. Pocos pensadores de su época escaparon a esta tentación; el propio Bergson, para romper con el asociacionismo positivista, se arrimó a una evolución creadora. El hombre habría emergido evolutivamente del animal. En el fondo oscuro de la protohistoria, al que corresponden en el desarrollo del individuo contemporáneo el período prenatal y la primera infancia, las manadas humanas luchaban por la existencia con las de otros animales de parecido rango. Si entonces hubiésemos penetrado en una conciencia humana, sólo habríamos observado en ella una vida psíquica bestial cuyas imágenes y emociones traslucían el choque de los instintos con la realidad circundante. Y en lo más hondo de estos instintos habríamos adivinado la *libido*, esto es, la lujuria en su más amplio sentido, el afán de madurar y reproducirse para luego recogerse y morir.

Llegó un momento, perdido en esa noche de los tiempos, en que el animal humano, cuyo cerebro inferior se había desarrollado notablemente y ofrecía ya una base para reflexionar, inventó un rudimentario lenguaje. Desde entonces en lugar de vivir en manada convivió en sociedad. Hubo una autoridad, un objetivo común, unas costumbres reconocidas. Bien pronto los hombres cayeron en la cuenta de la necesidad de refrenar algunos instintos, de poner vallas a la *libido* y a sus inmediatos vástagos, en aras de la convivencia y del progreso social. La sociedad, representada por su jefe y por la opinión pública, empezó a ejercer su presión o *censura* sobre determi-

nadas expansiones. Si un salvaje pretendía arrebatar la hembra a otro, la sociedad se lo impedía, le sancionaba severamente. Más tarde la colectividad reprobó no ya el rapto, sino incluso el manifestar deseos de perpetrarlo.

Poco a poco el individuo se habituó a la *censura social*, comprobó que sus ventajas sobrepujaban sus inconvenientes y acabó por transformarla en *censura personal*, en aquello que los filósofos llamarían un día "conciencia moral". Este proceso se realiza y acelera en el individuo de las épocas históricas, y por consiguiente de la nuestra, merced a la institución familiar y a los complejos, represiones y sublimaciones que de la misma derivan. La *libido* del pequeño varón se aferra a su madre; quiere poseerla en exclusiva, con proyectos difusos, pero en definitiva análogos a los de la vida marital. Chocan tales intentos con la represión fulminada por el padre y se refugian en las cavernas del alma del chiquillo. A partir de este episodio (represión del complejo de Edipo) la vida psíquica del niño queda escindida en tres niveles: el subconsciente o *ello*, donde se refugian los impulsos reprimidos; el personal o *ego*, iluminado por la conciencia y estructurado en forma coherente; y el censorio o *superego*, encarnado por el padre y por las autoridades que a lo largo de la existencia individual constriñen nuestra institutividad espontánea, en el que hallan domicilio ciertas actividades superiores, a las que llamamos Cultura o Civilización, que compensan y disfrazan la presión de los instintos aherrojados.

Siempre se había dicho que nuestra vida psíquica está integrada no solamente por la película superficial de los procesos conscientes, sino por los recuerdos, hábitos y facultades que conservan el botín de estos procesos o los promueven tras cortina. Todo el mundo, salvo algún positivista exorbitado, admitía dos o más capas en nuestro psiquismo. Pero lo que creyó descubrir Freud es que, en los tenebrosos estratos de la subconsciencia, además de existir recuerdos almacenados, ya espontánea, ya reflexivamente, por el sujeto para poder utilizarlos cuando los necesite, existen también recuerdos enclaustrados no para que puedan volver a salir, sino para que no salgan nunca más.

Esta fué su primera proposición. Y la segunda fué: que estos recuerdos encarcelados no se resignan a su suerte. Llevan una existencia muy dinámica. Pugnan por burlar la vigilancia del centinela de la vida

psíquica, que es la conciencia moral (o censura social interiorizada). Dotados de fuerte carga afectiva, centelleantes de libido, atraen otros recuerdos y forman una pandilla de rebeldes prestos a irrumpir en el campo de la conciencia superficial. Estas pandillas, en brega constante con el centinela, reciben el nombre de *complejos*.

La batalla del complejo con el guardián o censura adquiere, en la concepción físico-dinámica que Freud se forja del psiquismo humano, caracteres épicos. Según él, se pueden dar tres suertes de desenlace: 1.º, que el complejo irrumpa, por las malas, en el campo consciente ocasionando estragos semejantes a una explosión que derribase los tabiques de los hábitos y valores sociales; 2.º, que el complejo, derrotado, se retire a sus antros, emponzoñe la vida psíquica profunda del sujeto, y origine trastornos nerviosos más o menos graves; y 3.º, que el complejo, al ver que no puede liberarse por las malas, y no resignándose a batirse en retirada, se disfrace de ensueño, o de olvido, o de simbolismo artístico o religioso, y alcance con este ardid el título de ciudadanía en el campo consciente y en el ámbito social.

Nada tiene de sorprendente que esta Nueva Psicología lograra interesar y conquistar al hombre de la calle. Contribuyó a ello el expresarse en conceptos y términos extraídos de las ciencias etnológicas, biológicas y físicas, y por ende más asequibles que los empleados por la Psicología tradicional. Acentuaron su éxito, sin duda, las facilidades que ofrecía para trasponiéndola a lo político, montar ataques contra la censura dictatorial y enristrar latiguillos libertarios.

Pero el factor principal del éxito hay que atribuirlo, según dije, a la noción psicológica de "censura" y a su aplicación al autogobierno y a la Pedagogía. Impelida por una curiosidad morbosa, por el legítimo anhelo de conocerse mejor, por el afán de resolver la tensión de las pasiones y de relajar los frenos sociales, y por la utopía de conseguir un equilibrio psíquico que siempre será privilegio de unos pocos y jamás se obtendrá por estos medios, la gente se lanzó a escudriñar sus ensueños, sus olvidos involuntarios, sus "tics" nerviosos, y acudió a los contactos facultativos enterados del psicoanálisis.

Sumóse el Arte al movimiento. Primero el dadaísmo preconizó el retorno a la infancia de las artes, la exhibición desvergonzada de las procacidades subconscientes. Luego el surrealismo arbitró técnicas, de innegable mérito, para representar en la pintura (Chirico, Dalí), en el cuento y la novela (Apollinaire, Kafka, Thomas Mann) y en la poesía (Papini, García Lorca) el mundo grandioso y desconcertante de los ensueños. En 1934 esta corriente desemboca en un cuadro que vale por mil manifiestos: el "Espectro del Sex-appeal", de Dalí. En primer plano, un cadáver monstruoso, de gigantescas proporciones, ya en descomposición, se sostiene sobre su rodilla izquierda y su pie derecho, merced al apoyo de dos enormes horquillas que parecen brotar del suelo mugriento. Sirve de fondo al espectro un paisaje árido cuyas montañas erosionadas muerden un cielo bronceado y cuyas bases se hundían en un mar denso y brillante, como una charca de petróleo. Un niño, casi alcanzado por la sombra que el monstruo proyecta, lo mira in-

genualmente, con la audacia del que ignora lo que le aguarda.

De no menor trascendencia fueron las repercusiones pedagógicas del Freudismo. Más tarde, cuando aparezca Adler en el escenario, florecerá una literatura de los complejos de inferioridad; y posteriormente, al unisono del existencialismo, surgirá la problemática de la inseguridad y angustia infantiles. Por el momento, el Psicoanálisis ortodoxo invita a ocuparse de la iniciación sexual; es necesario, para prevenir futuras neurosis y para promover un desarrollo normal, derribar las barreras que separan la educación masculina de la femenina, implantar la coeducación, descifrar prontamente a los educandos los enigmas de la procreación. Acaudilló estas tendencias el movimiento "Pour l'École Nouvelle" y especialmente Adolfo Ferrière, que describe con embeleso la escena "ejemplar" de los chicos y chicas de una Escuela Nueva bañándose juntos, completamente desnudos, sin que ello origine la más mínima tentación o perturbación.

Cundió entre el gran público este modo de ver las cosas. Hacía años que se notaba en la mentalidad de los pueblos latinos una creciente condescendencia para las costumbres anglosajonas relativas a la actuación de la mujer y al trato entre los jóvenes de distinto sexo y una reacción contra los convencionalismos sociales. Esta corriente vió en el Psicoanálisis un poderoso aliado teórico, aliado que no tardó en adecuarse a la situación y favorecer descaradamente el desenfreno y la promiscuidad.

Si alguien osó levantar su voz denunciando los pasos en falso que se estaban dando y augurando desastres para un próximo futuro, se le contestó que era necesario ante todo agrietar, romper y arrastrar el dique de la censura, que al impedir la expansión del instinto amoroso convertía la vida psíquica en una charca pestilente. Algún pedagogo católico se contaminó y dió pábulo a un nuevo género literario que Pío XII calificó recientemente de "pornografía blanca". Otros, aun suscribiendo apresuradamente las líneas generales del Psicoanálisis y rindiendo culto a la noción de "censura" en que éste se cimentaba, hicieron lo que buenamente pudieron por someterlo a una visión espiritualista del universo y del hombre y por aplicarlo con arreglo a las normas de la prudencia cristiana.

II

Al correr de los años, el Psicoanálisis ha sido objeto de críticas racionales, de revisiones empíricas y de interpretaciones "heterodoxas", que en parte lo han derrumbado y en parte lo han desfigurado. Elocuentes testimonios tuvimos de ello en las sesiones del IV Congreso Internacional de Psicoterapia, reunido en Barcelona en el último septiembre.

No me propongo resumir o seleccionar esos ataques y metamorfosis ni valorar sus resultados. El objetivo de mi artículo se ciñe al núcleo central del sistema freudiano: la "censura" psíquica.

En torno a ella se ha polemizado tanto y se ha desarrollado una tan espesa vegetación retórica y novelesca que es difícil reducir el problema a sus términos esenciales. Intentémoslo.

En último análisis, Freud atribuye a la censura una función primaria: la represión. De ella derivan dos funciones secundarias: una de signo negativo —la perturbación de la vida psíquica, por el duro y voraz cáncer de los complejos—; y otra de signo benéfico —la simbolización, que en unas ocasiones da lugar a la transferencia y en otras a la sublimación—.

Examinemos concienzudamente, fríamente, cada una de estas afirmaciones.

Freud identifica, por de pronto, la censura y la represión. No cabe otra salida —desde luego— si mantenemos la denominación "censura". Podemos, en cambio, preguntarnos si la censura no es una modalidad de una especie fenomenológica mucho más amplia: la de aquellos fenómenos o actos psíquicos en que desde la capa consciente parten consignas hacia la subconsciente. El *ego* no se limita a ordenar al *ello* que no le perturbe con determinados seriales de imágenes y afectos; a menudo le encarga tareas positivas y aguarda con vivo interés que le entregue el fruto de las mismas. Y es muy digno de notarse que en la secreta ejecución de estos recónditos trabajos intervienen facultades superiores del psiquismo humano, tales como ciertos hábitos intelectuales y el sentido estético; la única que no participa en ellos es la libertad. Poincaré encargaba a su subconsciente los tanteos para resolver arduos problemas matemáticos; el poeta le confía la búsqueda del consonante o de la imagen vagamente presentidos, y el alumno la estructuración de un capítulo de su tesis doctoral. Lo repito: únicamente la libertad es incapaz, precisamente en virtud de su categoría, de actuar subconscientemente, aunque no es contradictorio que influyan en la vida psíquica subterránea hábitos adquiridos voluntariamente.

Añadiré, para completar la crítica de este primer axioma freudiano, que tampoco es cierto que el único motor del oleaje subconsciente sea la libido; otras muchas pasiones —por ejemplo, el terror o la codicia— e incluso hábitos muy nobles —la indignación ante la injusticia— proyectan aluviones de afectividad revestida de imágenes, desde los senos de la subconsciencia. Creo haberlo corroborado con datos empíricos, en mi artículo *Freud ante la Pedagogía católica*.

En fin: reduzcamos la censura a la represión, puesto que Freud así lo quiso, y pasemos a discutir el segundo axioma: que lo reprimido, cuando no consiga burlar la severa vigilancia de la censura, trastorna la esfera subconsciente, y se traduce, más tarde, en el nivel de la conciencia, en anomalías neuróticas. Freud estaría en lo cierto si se contentase de sostener que la represión puede originar desórdenes psíquicos cuando es ejercida violenta o inoportunamente. Pero empleada con tacto suele producir efectos saludables: el torrente pasional, que amenazaba con sumergir la conciencia, retrocede y se disuelve lentamente. Sus complejos se desintegran y la energía que los nutría alimenta dinamismos más provechosos, o por lo menos no tan perjudiciales, a la estabilidad y dignidad de la persona. La Ascética de todas las épocas supone un alto aprecio de la represión, la cual, si en ciertos casos produce efectos peligrosos en muchos otros cosecha estimables frutos.

Tercer axioma: Freud atribuye a la represión un efecto indirecto de signo positivo: la simbolización, de la cual provienen la transferencia y la sublimación. La censura sería, por consiguiente, la *causa principal*, si no la única, de la simbolización imaginativa. El recién casado que se ve precisado a compartir el domicilio de sus suegros olvida los encargos que le hace su suegra, *porque* este olvido simboliza una antipatía reprimida por la censura. El casado maduro sueña que un deslucido jamego arrastra penosamente, cuesta arriba, un pesado carruaje, *porque* esta escena simboliza las crecientes dificultades de su estado matrimonial. Y en el plano de los ensueños colectivos, donde Freud se permite los más irresponsables desafueros, el Cristianismo adoraría al Hijo de Dios clavado en cruz, *porque* este dogma simboliza que cada hombre se sabe culpable de haber odiado a muerte a su padre y mira en Cristo una expiación del frustrado parricidio.

Ante estas y parecidas consecuencias, los críticos de Freud nos habíamos limitado hasta hoy a protestar del temerario y abusivo empleo que él y sus discípulos hacen del tercer axioma. Admitíamos que el simbolismo de un ensueño responde siempre a una tendencia reprimida; pero hacíamos notar, por una parte, que no pueden tratarse como ensueños hechos históricos y contenidos dogmáticos, y por otra, que dicha correspondencia está sujeta a tantos factores circunstanciales, así en lo que atañe al sujeto como en lo que se refiere al intérprete, que no vale para sentar las bases de una hermenéutica científica ni para garantizar un diagnóstico. Y confirmábamos estas cauciones por el hecho de que cada nuevo brote psiquiátrico propugna su clave para descifrar los ensueños, olvidos y actos malogrados. En el último capítulo de su obra *Psychoanalytic Theories of Personality*, que lleva el irónico título de "Post mortem", escribe Gerald S. Blum: "Conjeturo que la palabra más apropiada para expresar el estado de ánimo del lector, y del propio autor, al terminar este prolongado esfuerzo por recorrer los vastos terrenos de las opiniones psicoanalíticas, sería el término *confuso*... Abundan las orientaciones contradictorias y las agrias discrepancias... Sólo prescindiendo de las hipótesis dogmatizantes de Freud y utilizando sus métodos y hallazgos como un instrumento más para investigar el enigma de la personalidad, podemos vislumbrar no el porvenir de una ilusión, sino el porvenir de una ciencia."

III

Los reparos puestos hasta aquí al Freudismo, y especialmente a su noción central y de más graves consecuencias pedagógicas —la censura— muestran cuán unilateral y defectuoso es el sistema y desvirtúan muchas de sus aplicaciones; pero no invalidan sus axiomas fundamentales.

Estaba reservada esta audaz empresa al sagaz mitólogo francés Roger Caillois.

Su reciente libro *L'incertitude qui vient des rêves* se abre con una especie de declaración de guerra: "Cuando empecé a interesarme por los ensueños, lo hice de la manera más corriente en nuestra época —que es también, según creo, la manera más anti-

gua y la más extendida por el mundo—: la de buscar la clave de los ensueños. Quiero decir que procuraba, según se viene haciendo desde siempre, adivinar el significado de las imágenes enigmáticas a la vez que íntimas, desconcertantes al par que nacidas de nuestro propio fondo, surgidas de abismos personales donde la conciencia clara no puede penetrar y de los que, sin embargo, tampoco puede recusar las informaciones que le prestan. Puesto que la Psicología al uso me estimulaba a ello, me complacía en el ensayo de interpretar esas raras peripecias y de arrancarles secretos que me concernían, que mi conciencia —según se decía— se veía obligada a afectar que los ignoraba, porque le horrorizaba aprenderlos con claridad, y que los cuadros del ensueño traducían solapadamente, merced a la ayuda de simbolismos de ingenua apariencia. No tardé mucho en renunciar a esta ilusión. ¿Tal vez he de suponer que gozo de una conciencia anormalmente osada? De pocas cosas se priva; en todo caso no se priva de mi modo de soñar. Bien pronto dejé de estimar que mis ensueños eran simbólicos, cuando comprobé que me representaban sin velo ni rodeo lo mismo que los símbolos, según opinión de los exégetas, se ocupan en disimular. Me veía cometer, sin la menor angustia, las diversas infamias que éstos han catalogado, y más precisamente aquellas que la censura, dadas mis circunstancias personales, habría tenido, según ellos, más cuidado en disfrazar. Estos horrores destinados —parece ser— a permanecer a costa de cualquier sacrificio en las tinieblas de lo inconsciente, no demoraban en el mío y ello me tenía sin cuidado. No me impresionaban, porque, pese a todo, yo conservaba el buen sentido suficiente para tomarlos como un espectáculo extravagante y sin importancia. Al principio, me empeñé en creer que disimulaban otras realidades, verdaderamente perniciosas. La hipótesis empezó por parecerme gratuita y acabó por antojárseme absurda. Me di cuenta de que correspondía a una de las más nobles inclinaciones del espíritu humano, que es la de empeñarse en buscar un sentido a lo que carece de él y a extraer de esta suerte lo significativo, de lo insignificante: del vuelo de las aves, de las entrañas de las bestias, del poso del café, de las líneas de la mano, de los ensueños."

El libro aporta selecto material, extraído de variados cotos culturales (leyendas, novelas, dramas, obras de arte) y de la experiencia del propio autor, en defensa de este punto de vista. Los ensueños propiamente dichos y sus sucedáneos en estado de vigilia presentan sin simbolismos, en desnudez incivil, lo mismo que otras veces recubren de jeroglíficos; y otro tanto se observa en los productos de la imaginación en vela. Que el ensueño sea simbólico, o no lo sea, no depende de la "censura". Tampoco parece influir ésta sobre la frecuencia, la intensidad o el momento de aparición de aquél. Insinúa Caillois —no lo dice explícitamente— que si los ensueños simbólicos son hoy en extremo frecuentes se debe a la divulgación y auge de las teorías psicoanalíticas y al recuento a consultas psiquiátricas. Se ha puesto de moda

"soñar en simbólico", el psiquiatra induce al paciente a narrarle ensueños interpretables y los descifra en agradable conversación, y en consecuencia se tiende a encargar a la subconsciencia que nos surta de material de este tipo.

Aventurándonos a opinar en temas que no son de mi especialidad, sugeriré que la evolución del surrealismo corrobora la posición de Caillois. A los cuentos de lujuria y miedo ha sucedido una técnica que nos transporta al rico y matizado mundo onírico de Kafka o de ciertos capítulos de Thomas Mann. Dalí es, a mi modesto entender, quien mejor ha plasmado pictóricamente esos panoramas de la imaginación; las figuras gigantescas, los temas grandiosos, la extraña mezcla de lo objetivo con lo simbólico, la conciliación de las leyes físicas (el espectador ve a través de los cuerpos; la perspectiva se somete a la arbitrariedad del artista), la paradójica conciliación del movimiento con la inmovilidad, los perfiles duros de personajes y cosas, el mágico logro de brillos y fosforescencias y la rara transparencia de la atmósfera, nos instalan en la esfera de lo que acaso pudiera llamarse el profetismo natural. El vulgo se escandaliza de que Dalí tome algunas veces como punto de partida de sus creaciones pictóricas las manchas ocasionadas por cualquier accidente —un disparo de perdigones, por ejemplo—; en realidad, este procedimiento imita el proceso normal de la iniciación de los ensueños. Ahora bien: lo que va de Kafka a los primeros surrealistas va del Dalí de hoy al de ayer. Su "Espectro del Sex-appeal" obedecía a las coordenadas psicoanalíticas: libido, censura, represión, disfraz simbólico. Su "Cristo crucificado", su "Santiago" y sobre todo su "Madonna de Port-Lligat", se emancipa de Freud y de sus continuadores. Ni siquiera se inclina, cual Goya, a plasmar "pesadillas" lúbricas y monstruosas. Los dinamismos afectivos que mueven el ingente mecanismo de la fantasía daliniana son de metal más noble que los del sarcástico aragonés. Pero —entiéndase bien— ambos dan un mentís a Freud: Goya, porque se salta a la torera la "censura"; Dalí, porque sus últimas obras descubren zonas diáfanas y saludables en el subconsciente humano.

Mis coincidencias accidentales con Caillois y con Dalí no significan una aprobación total. Caillois, si nos ha prestado el servicio de asestar un duro golpe al mito de la "censura", se embarca al final de su obra, y en otros de sus libros, en un dualismo vagamente panteísta: "La Naturaleza se confunde con las fuerzas del abismo. El valor no existe más que en la paciente edificación de réplicas y convenciones lo bastante poderosas para permitirnos dominar la Naturaleza y acelerar el advenimiento de otras leyes. Pero no es menos cierto que todo ha salido del inmenso depósito, de la Tierra de Saturno, de la antigua y temible fertilidad. Por fortuna, la fuente milenaria de las energías engendra también la más rebelde de todas ellas, la voluntad de administrarlás, destinada a disciplinar su perezosa prodigalidad. La más sutil de las empresas humanas debe a esta ciega opulencia tanto la materia sobre la que versa como la obstinación que le permite llevarla a cabo" (ob. cit., pág. 161).

En lo que se refiere a Dalí, nuestra comprensión del sentido de sus últimas producciones y nuestro aplauso a que haya roto el círculo en que le aprisionaban los axiomas del Psicoanálisis, no implican que las declaremos plenamente cristianas y todavía menos que las consideremos adecuadas para el culto.

IV

Nunca he desconocido los méritos de Freud. Le debemos, entre otros legados de su pingüe herencia, el habernos introducido, a la zaga de Herbart que a su vez anduvo tras las pisadas de Leibniz, en el estudio sistemático de la subconsciencia, perfilando conceptos tan ricos en aplicaciones como los de "complejo" y "transferencia". Le debemos el descubrimiento del enorme influjo ejercido en la mentalidad infantil, no ya por la educación que recibe, sino por los personajes familiares que circundan al pequeño; y en la mentalidad adulta, por las actitudes, hábitos y vivencias de la infancia. Le debemos la demostración, muy conforme a la doctrina de la unidad sustancial del hombre, de que aun el acto más espiritual se apoya en elementos típicamente somáticos, y aun el acto más vil o más vulgar adquiere en nosotros ciertas calidades que jamás presenta en la bestia. Le debemos una contribución apreciable al descrédito de la psicología superficial, entronizada por el cientifismo.

Ello no obsta a que la noción de "censura", con otros aspectos radicales de su obra, salga muy mal parada, como hemos visto, de las críticas a que la han sometido investigadores desapasionados. En resumidas cuentas resulta: 1.º, que la censura no es siempre de naturaleza instintivo-social; la más auténtica emana de la libertad individual que dicta consignas a la subconsciencia; 2.º, que estas consignas no se limitan a la represión; en estado de vigilia son muy frecuentes y eficaces las consignas que encargan a la subconsciencia una tarea positiva; 3.º, que en la subconsciencia existen muchos departamentos —si es lícito usar este término en psicología— y que la libido no domina más que alguno de los departamentos inferiores; 4.º, que la represión produce a menudo el resultado perseguido por la Ascética, o sea, la desintegración del complejo perjudicial; 5.º, que es muy dudoso que la "censura" cause la "simbolización" de lo reprimido; en todo caso no es la única causa ni la principal de un hecho tan común en la vida imaginativo-afectiva; 6.º, que lo reprimido adopta con frecuencia las dos formas: sin disfraz y con disfraz, lo cual priva a la teoría psicoanalítica del más fundamental de sus argumentos; y 7.º, que aun en los casos en que la censura ocasionase la simbolización de lo reprimido, sería tan frágil y variable la correspondencia, entre el contenido y el símbolo, que no autorizaría a sentar las bases científicas de una hermenéutica o de una diagnosis.

No es extraño que Thompson, en vista de estas o parecidas observaciones, asevere que "este asunto de la censura es altamente especulativo e intrínsecamente incapaz de ser revalidado por un estudio científico".

Son obvias las consecuencias pedagógicas que flu-

yen de esta crítica. Es obligado revisar la estrategia pedagógica, en todas aquellas normas que inspiró la noción freudiana de "censura".

El Psicoanálisis llamó la atención sobre los perniciosos efectos que pueden seguirse de una represión violenta o inoportuna, o de condenar al educando a una artificiosa ignorancia de lo que por su edad y circunstancias le importa conocer. Esta advertencia, frecuente en las obras clásicas —recuérdense los primeros episodios de la *Vida de Buda* o de *La vida es sueño*—, nunca fué tan digna de atenderse como en nuestros días. Pero en modo alguno ha de convertirse, según pretendió el Psicoanálisis, en la ley principal de la educación ni aplicarse sin cautelas. Hay que conservar —o restablecer— la represión verificada con tacto pedagógico, la parsimonia y prudencia en la instrucción relativa a la esfera sexual, la mortificación, la modestia, la dignidad en el porte, y las sanciones proporcionadas a la índole del educando y aplicadas con el limpio y misericordioso espíritu del Evangelio. Y hay que evitar, en lo posible, el trato prematuro e íntimo entre educandos de distinto sexo, y por consiguiente el sistema coeducativo. Quiero subrayar que lo que ha de evitarse es el trato "prematuro e íntimo", no el tempestivo y decoroso.

Los nuevos puntos de vista, al superar los estrechos horizontes freudianos, imponen, además de las modificaciones o restauraciones de tipo negativo, importantes directrices constructivas. La riqueza y extensión de la subconsciencia reclaman: 1.º, que cuidemos de enriquecer y salvaguardar este mundo latente, donde echa raíces la personalidad de nuestros educandos; 2.º, que para formarlos nos valgamos de una sana pedagogía afectiva y estética y de la creación de un ambiente favorable; 3.º, que renunciemos al intento de cultivar este inmenso dominio sin conseguir la complicidad, la colaboración entusiasta, de su dueño; 4.º, que enseñemos al educando la técnica para gobernar la subconsciencia y utilizarla como valiosísimo instrumento de las facultades o funciones superiores; y 5.º, que, a fuer de cristianos viejos, invoquemos en tarea tan compleja y delicada el auxilio de aquel Maestro que "no necesitaba que nadie le diese informes acerca de cada hombre, porque sabía El mismo lo que hay dentro de cada hombre" (Juan, II, 23).

JUAN TUSQUETS.
Catedrático de Pedagogía en la Universidad de Barcelona.

BIBLIOGRAFIA

- BLUM, Gerald, S.: *Psychoanalytic Theories of Personality*. Nueva York, 1953.
 CAILLOIS, Roger: *L'incertitude qui vient des rêves*. 4.ª edición. París, 1956.
 CARUSO, Igor A.: *Análisis psíquico y síntesis existencial*. Trad. de P. Meseguer. Barcelona, 1954. Especialmente pp. 124-141.
 DARMSTÄDTER GESPRÄCH: *Das Menschenbild in unserer Zeit*. Darmstadt, 1950. Especialmente "Über die Möglichkeiten der modernen Kunst", por J. Itten, pp. 31-47.
 PENDE, Nicola: *La Scienza moderna della Personalità umana*. Milán, 1947. Especialmente el capítulo XIV, páginas 260-291.
 THOMPSON, Clara: *Psychoanalysis: Evolution and Development*. Nueva York, 1950.
 TUSQUETS, Juan: *Freud ante la Pedagogía católica*. Art. "Orientación Catequística", enero-marzo 1954.